

J. D. Salinger

Franny
y Zooey

Traducción de Carmen Criado



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Franny and Zooey*

Los derechos para lengua española han sido acordados con el J. D. Salinger Literary Trust a través de International Editors & Yañez Co., Agencia Literaria, Barcelona, España.

Primera edición: 1987

Cuarta edición, con nueva traducción: 2018

Quinta edición: 2019

Tercera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1955, 1959 by J. D. Salinger.

Copyright renewed 1989 by J. D. Salinger

© de la traducción: Carmen Criado, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1987, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-9181-348-4

Depósito legal: M. 33.538-2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Franny
- 53 Zooney

Con un afán lo más parecido posible al que muestra Matthew Salinger, de un año de edad, cuando insta a un compañero de mesa a que acepte una lima fría, yo insto a mi editor, mentor y (Dios le ayude) amigo más íntimo, William Shawn, genius domus de The New Yorker, amante del riesgo, protector de los nada prolíficos, defensor de lo desesperadamente exuberante y el más injustificadamente modesto de todos los grandes editores-artistas, a que acepte este libro de apariencia bastante exigua.

Franny

Aunque brillaba un sol espléndido, la mañana del sábado volvía a hacer tiempo de abrigo, y no sólo de chaqueta como había hecho durante toda la semana y como todos habían esperado que siguiera haciendo durante el gran fin de semana, el fin de semana del partido contra Yale. De los veintitantos jóvenes que esperaban en la estación la llegada de sus parejas en el tren de las diez cincuenta y dos, no más de seis o siete se encontraban fuera, en el andén frío y abierto. Los demás estaban de pie formando grupos de dos, de tres o de cuatro en el interior, en la sala de espera caldeada, sin sombrero y rodeados de humo, hablando con voces que, casi sin excepción, sonaban académicamente dogmáticas, como si cada uno de ellos, en su tono estridente y coloquial, estuviera resolviendo, de una vez por todas, algún asunto extremadamente polémico, algún asunto que el mundo exterior no matriculado hubiera estado tratando de dilucidar

inútilmente, de forma interesante o no, durante varios siglos.

Lane Coutell, vestido con una gabardina de Burberry que, al parecer, tenía un forro de lana abotonado en el interior, era uno de los seis o siete jóvenes que esperaban en el andén al aire libre. O, mejor dicho, era y no era uno de ellos. Durante diez minutos o más, se había apartado deliberadamente de las conversaciones, con la espalda apoyada en el expositor de folletos gratuitos de la *Christian Science* y las manos enguantadas metidas en los bolsillos de la gabardina. Llevaba una bufanda de cachemira, de color granate, que había trepado por su cuello dejándole casi sin protección frente al frío. Bruscamente, y como distraído, sacó la mano derecha del bolsillo y empezó a ajustarse la bufanda, pero, antes de hacerlo, cambió de opinión y utilizó la misma mano para introducirla bajo la gabardina y sacar del bolsillo interior de la chaqueta una carta que empezó a leer inmediatamente con la boca no del todo cerrada.

La carta estaba escrita, a máquina, en papel azul claro. Parecía manoseada y ajada, como si hubiera sido sacada del sobre y leída varias veces.

Martes, creo

Queridísimo Lane:

No tengo ni idea de si podrás descifrar esto porque el ruido en la residencia es absolutamente increíble esta noche y no puedo ni pensar. Así que si hago alguna falta de ortografía ten la amabilidad de pasarla por alto. A propósito, últi-

mamente he seguido tu consejo y he recurrido mucho al diccionario, de forma que si eso coarta mi estilo la culpa es tuya. Acabo de recibir tu preciosa carta y te quiero con locura, hasta la muerte, etc. No veo el momento de que llegue el fin de semana. Es una pena que no hayas podido encontrar sitio para mí en la *Croft House*, pero la verdad es que no me importa dónde me aloje mientras sea un sitio caliente y donde no haya bichos, y mientras te vea de vez en cuando, es decir, a cada minuto. Me he estado volviendo loca últimamente. Me ha encantado tu carta, en especial la parte que se refiere a Eliot. Creo que estoy empezando a despreciar a todos los poetas excepto a Safo. Últimamente he estado leyéndola como una posesa, y nada de comentarios vulgares, por favor. Hasta puede que escriba mi trabajo de fin de semestre sobre ella si decido optar a honores y si consigo que me deje hacerlo el idiota que me han asignado como asesor. «El dulce Adonis se muere, Citerea, ¿qué podemos hacer? Golpeaos el pecho, doncellas, y rasgaos las túnicas.» ¿No es *maravilloso*? Y es así todo el tiempo. ¿Me quieres? No lo dices ni una sola vez en esa horrible carta que me has escrito. Te odio cuando te pones totalmente supermacho y retincente (¿se escribe así?). Bueno, no es que te odie realmente, pero estoy, por naturaleza, en contra de los hombres fuertes y reservados. No es que no seas fuerte, ya me entiendes. En cualquier caso te quiero y quiero mandar esta carta por correo urgente para que puedas recibirla con tiempo, si es que consigo encontrar un sello en esta casa de locos. Te quiero, te quiero y te quiero. ¿Te das cuenta de que sólo he bailado contigo *dos veces* en once meses? Sin contar esa vez en el Vanguard, cuando estabas tan borracho. Probablemente estaré terriblemente

cohibida. A propósito, como me encuentre allí un comité de recepción, te mato. Hasta el sábado, flor mía.

Con todo mi amor,
Franny
Miles de besos.

P.D. El hospital ha mandado a papá los resultados de sus radiografías y todos estamos muy aliviados. Se trata de un tumor, pero no es maligno. Anoche hablé con mi madre. A propósito, te manda recuerdos, así que puedes estar *tranquilo* respecto a lo del viernes por la noche. Creo que ni nos oyeron entrar.

P.D. Cuando te escribo parezco tonta y torpe. ¿Por qué? Te doy mi permiso para analizarlo. Tratemos de pasarlo maravillosamente este fin de semana. Quiero decir que, por una vez, si es posible, no tratemos de analizar todo a muerte, sobre todo a mí. Te quiero.

Frances (su firma)

Lane estaba a la mitad de esta nueva lectura de la carta cuando tuvo lugar la interrupción, o mejor dicho la intromisión, la intrusión, protagonizada por un joven fornido llamado Ray Sorenson que quería saber si Lane sabía de qué iba ese bastardo de Rilke. Lane y Sorenson estaban en el curso de Literatura Europea Moderna 251 (sólo para estudiantes de último año y graduados) y tenían que preparar la cuarta de las *Elegías de Duino* para el lunes siguiente. Lane, que conocía muy poco a Soren-

son pero sentía una vaga, aunque categórica, aversión hacia su rostro y sus modales, dejó de leer la carta y dijo que no lo sabía, pero que creía que había entendido la mayor parte. «Pues tienes suerte», dijo Sorenson. «Eres un hombre afortunado». Su voz sonaba con un mínimo de vitalidad, como si hubiera venido a hablar con Lane por puro aburrimiento o por no poder seguir callado y no por mantener una conversación con un ser humano. «¡Dios, qué frío hace!», dijo mientras se sacaba del bolsillo un paquete de cigarrillos. Lane se fijó en una mancha de carmín descolorida, pero lo suficientemente llamativa, que había en la solapa del abrigo de pelo de camello de Sorenson. Parecía como si llevara allí semanas, y hasta quizá meses, pero ni conocía a Sorenson lo suficiente como para mencionarlo ni le importaba un comino. Además, el tren entraba en la estación. Los dos se dieron media vuelta a la izquierda en dirección a la máquina. Casi al mismo tiempo, la puerta de la sala de espera se abrió de golpe y los chicos que habían permanecido en el calor del interior salieron para recibir al tren, dando la impresión, la mayoría de ellos, de llevar al menos tres cigarrillos encendidos en cada mano.

Lane también encendió un cigarrillo mientras el tren se acercaba. Luego, como tantos otros a los que, quizá, debería dárseles sólo un permiso provisional para recibir trenes, trató de vaciar su rostro de cualquier expresión que pudiera revelar de forma sencilla, y hasta quizás hermosa, lo que sentía con respecto a la persona que llegaba.

Franny fue una de las primeras en bajar del tren, exactamente de un vagón en el extremo norte del andén.

Lane la vio inmediatamente y, a pesar de lo que estuviera tratando de hacer con su cara, el brazo que alzó en el aire reveló toda la verdad. Franny lo vio, le vio a él y le saludó exageradamente con la mano. Llevaba un abrigo de piel de mapache, y Lane, que caminó hacia ella con paso ligero aunque con expresión lenta, se dijo, controlando su excitación, que era el único en el andén que conocía realmente aquel abrigo. Recordó aquella ocasión en que, después de besar a Franny durante casi media hora en un coche prestado, había besado también la solapa de su abrigo, como si fuera una extensión orgánica, perfectamente deseable, de su persona.

—¡Lane! —le saludó Franny con agrado, pues ella no era de los que vacían su rostro de expresión. Le dio un abrazo y le besó. Fue un beso de andén de estación, suficientemente espontáneo en un primer momento, más inhibido en la continuación, y en general con aspecto de algo así como un choque de frentes—. ¿Recibiste mi carta? —le preguntó. Y añadió casi de un tirón—: Pobrecito, debes de estar congelado. ¿Por qué no has esperado dentro? ¿Recibiste mi carta?

—¿Qué carta? —dijo Lane mientras recogía su maleta. Era de color azul marino con un ribete blanco, como media docena más de maletas que acababan de bajar del tren.

—¿No la recibiste? La eché el miércoles. ¡Dios mío! Yo misma la llevé a Correos...

—¡Ah, esa carta! Sí. ¿Este es todo el equipaje que traes? ¿Qué libro es ése?

Franny bajó la vista a su mano izquierda. Llevaba un librito encuadernado en tela color guisante.

—¿Éste? ¡Ah! No es nada —dijo.

Abrió su bolso, metió el libro dentro y siguió a Lane a lo largo del andén en dirección a la parada de taxis. Se cogió de su brazo y habló casi en exclusiva. En primer lugar, de un vestido que llevaba en la maleta y que tenía que planchar. Dijo que había comprado una planchita muy mona que parecía de casa de muñecas, pero que se le había olvidado traerla. Dijo que no conocía más que a tres chicas de las que iban en el tren, Martha Farrar, Tippi Tibbett y Eleanor Nosecuantos, a quien había conocido hacía años, en los tiempos en que estaba interna en Exeter o un sitio así. Todas las demás parecían de Smith, excepto dos que eran totalmente el tipo de estudiante de Vassar y otra que era totalmente el tipo de estudiante de Bennington o de Sarah Lawrence. La que parecía estudiante de Bennington o de Sarah Lawrence se había pasado todo el viaje en el lavabo, esculpiendo o pintando o algo así, y parecía como si llevara leotardos debajo del vestido. Lane, que andaba demasiado deprisa, dijo que sentía mucho no haber encontrado sitio para ella en la *Croft House* —naturalmente, había sido imposible—, pero que le había encontrado un sitio muy agradable y acogedor. Pequeño pero limpio y todo eso. Dijo que le gustaría y Franny imaginó inmediatamente una casa de huéspedes de madera blanca. Tres chicas que no se conocían de nada en una habitación. La que llegara primero se quedaría la cama plegable llena de bultos para ella sola y las otras dos compartirían una cama doble con un colchón absolutamente maravilloso.

—Estupendo —dijo con entusiasmo. A veces le resultaba muy difícil ocultar la impaciencia que le producía la

ineptitud de los machos de la especie humana en general y la de Lane en particular. Recordó una noche lluviosa en Nueva York, después del teatro, cuando Lane, preso de un sospechoso exceso de caridad de bordillo, había dejado que un hombre horrible vestido con esmoquin le quitara un taxi. La verdad es que no le había importado demasiado –Dios mío, debía de ser terrible tener que portarse como un hombre y salir a coger un taxi bajo la lluvia–, pero recordó la mirada realmente horrible, hostil, que él le dirigió cuando volvió a la acera a informarle de lo sucedido. Ahora, sintiéndose extrañamente culpable al pensar en aquello y en otras cosas, apretó un poco el brazo de Lane con un afecto simulado. Los dos subieron a un taxi. La maleta azul marino con el ribete blanco fue delante con el taxista.

–Dejaremos tu maleta y tus cosas donde te vas a alojar. Sólo abrir la puerta y dejarlas, y luego nos iremos a comer –dijo Lane–. Estoy muerto de hambre.

Se inclinó hacia delante y dio una dirección al taxista.

–¡Cuánto me alegro de verte! –dijo Franny mientras arrancaba el coche–. Te he echado mucho de menos.

Apenas había dicho esas palabras cuando se dio cuenta de que no las sentía en absoluto. Sintiendo culpable de nuevo, cogió la mano de Lane y entrelazó sus dedos firme y cariñosamente con los suyos.

Más o menos una hora después, los dos estaban sentados en una mesa relativamente apartada en un restaurante del centro llamado Sickler's, un sitio muy frecuentado principalmente por los estudiantes más intelectuales de la universidad –los mismos más o menos que si hubieran

sido estudiantes de Yale o de Harvard habrían desviado a sus parejas, como quien no quiere la cosa, de sitios como Mory's o Cronin's. Podría asegurarse que Sickler's era el único restaurante de la ciudad del que no se decía que los filetes eran «así de gruesos», dejando dos centímetros de separación entre los dedos pulgar e índice. Sickler's significaba caracoles. Sickler's era el lugar en que un estudiante y su pareja o pedían los dos ensalada, o ninguno de los dos la pedía debido al aliño de ajo. Franny y Lane estaban tomando martinis. Cuando se los habían servido, diez o quince minutos antes, Lane había probado el suyo, se había recostado en su asiento y había mirado en torno suyo con una sensación de bienestar, casi palpable, por el hecho de encontrarse (debía estar seguro de que nadie podía discutirsele) en el sitio adecuado y con una chica de aspecto indiscutiblemente adecuado, una chica que no sólo era extraordinariamente guapa, sino que además, y esto era aún mejor, no era en absoluto de las de suéter de cachemira y falda de franela. Franny había visto esa pequeña debilidad momentánea y la había tomado por lo que era, ni más ni menos. Pero, por algún antiguo acuerdo que había hecho con su psique, decidió sentirse culpable por haberla descubierto, aceptó su culpabilidad y se sentenció a escuchar la conversación de Lane con una especial apariencia de atención.

Lane hablaba ahora como el que ha monopolizado la conversación durante más de un cuarto de hora y ha llegado al convencimiento de haber alcanzado un nivel de competencia que hace imposible que su voz pueda hacer algo mínimamente equivocado.

–Por expresarlo con toda crudeza –estaba diciendo–, podría decirse que carece de testicularidad. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Estaba inclinado retóricamente hacia delante, hacia Franny, una audiencia totalmente entregada, apoyado en sus antebrazos situados uno a cada lado de su martini.

–¿Qué carece de qué? –dijo Franny. Tuvo que aclararse la voz antes de hablar ya que era mucho el tiempo que había pasado sin decir nada.

Lane dudó.

–De masculinidad –dijo.

–Te he oído la primera vez.

–Ése era, por decirlo así, el meollo de la cuestión, lo que quería subrayar de una forma bastante sutil –dijo Lane siguiendo estrictamente el curso de su propia conversación–. Quiero decir que, ¡Dios mío!, estaba realmente convencido de que iba a ser un completo fracaso, y cuando me devuelve el trabajo con un sobresaliente en letras de unos dos metros de alto te juro que casi me caigo redondo.

Franny volvió a aclararse la garganta. Al parecer, había dado por cumplida la sentencia que se había impuesto de escucharle con una atención sin reservas.

–¿Por qué? –preguntó.

Lane pareció vagamente molesto por la interrupción.

–¿Por qué qué?

–¿Por qué creíste que iba a ser un fracaso?

–Ya te lo he dicho. Acabo de decírtelo. El tal Brughman es un gran admirador de Flaubert. O, al menos, yo creía que lo era.

–¡Ah! –dijo Franny. Sonrió. Bebió un sorbo de su martini–. Está buenísimo –dijo mirando su copa–. Me alegro

de que no sea de esos tan fuertes. No me gustan nada cuando son todo ginebra.

Lane asintió.

—En cualquier caso, creo que tengo ese maldito trabajo en mi habitación. Si tenemos la oportunidad, te lo leeré durante el fin de semana.

—Estupendo. Me encantará oírlo.

Lane asintió de nuevo.

—La verdad es que no digo en él nada que vaya a cambiar el mundo ni nada de eso. —Cambió de postura en la silla—. Pero, no sé, creo que el modo en que pongo de relieve por qué le atraía el *mot juste* de una forma tan neurótica no está del todo mal. A la luz de lo que sabemos hoy, quiero decir. Y no me refiero solamente al psicoanálisis y todo eso, aunque sí hasta cierto punto. Ya sabes lo que quiero decir. No soy freudiano ni nada de eso, pero hay ciertas cosas que no puedes interpretar como freudianas y dejarlo ahí. Creo que, hasta cierto punto, estaba perfectamente legitimado para señalar que ninguno de esos tipos realmente buenos, Tolstói, Dostoyevski, ¡hasta Shakespeare por el amor de Dios!, analizaba tanto las palabras. Escribían y punto. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Lane miró a Franny con cierta expectación. Le parecía que le había estado escuchando con una atención más que especial.

—¿Vas a comerte la aceituna, o no?

Lane echó una rápida ojeada a su martini y luego volvió a mirar a Franny.

—No —dijo fríamente—. ¿La quieres?

—Si no te la vas a comer... —dijo Franny. Por la expresión de Lane supo que se había equivocado con la pre-

gunta. Y lo que era peor, de pronto se dio cuenta de que no quería la aceituna y se preguntó por qué se la había pedido. Pero cuando Lane le tendió su martini, pensó que no le quedaba otro remedio que aceptarla y tomársela con aparente placer. Luego cogió un cigarrillo de la cajetilla de Lane que estaba sobre la mesa y él se lo encendió y luego encendió otro para él.

Tras la interrupción de la aceituna un breve silencio se cernió sobre la mesa. Cuando Lane lo rompió, lo hizo porque era incapaz de guardarse un golpe de efecto durante mucho tiempo.

—Brughman cree que debería publicar ese maldito trabajo en alguna parte —dijo bruscamente—. Pero no sé.

Luego, como si hubiera quedado exhausto de pronto, o, más que exhausto, agotado por las exigencias que le imponía un mundo ansioso por disfrutar del fruto de su inteligencia, comenzó a masajearse un lado de la cara con la palma de la mano, quitándose, con una vulgaridad inconsciente, una legaña del ojo.

—Quiero decir que ensayos críticos sobre Flaubert y los demás los hay a cientos —reflexionó con gesto un poco malhumorado—. De hecho, no creo que se haya publicado ningún trabajo realmente inteligente sobre él durante los últimos...

—Hablas como un auxiliar. Totalmente.

—¿Cómo has dicho? —dijo Lane con una calma muy medida.

—Que hablas exactamente igual que un auxiliar. Lo siento, pero es así. Es la verdad.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo habla un auxiliar, si puede saberse?

Franny se dio cuenta de que estaba irritado y supo hasta qué punto, pero, por el momento, a medias como autocrítica y a medias por malicia, decidió decir lo que sentía.

—Verás, no sé qué serán aquí, pero en mi universidad un auxiliar es una persona que se encarga de dar una clase cuando el profesor no está, o está pasando por una crisis nerviosa, o ha tenido que ir al dentista o algo así. Por lo general es un estudiante graduado o algo por el estilo. En cualquier caso, si se trata, por ejemplo, de un curso de Literatura Rusa, él entra en la clase con su camisa abotonada hasta el cuello y su corbata de rayas y empieza a machacar a Turgueniev durante media hora. Y luego, cuando ha terminado, cuando te ha destrozado totalmente a Turgueniev, empieza a hablar de Stendhal o de cualquier otro autor sobre el que escribió su tesis de licenciatura. En mi universidad, en el Departamento de Literatura Inglesa, hay unos diez auxiliares que destrozan todo a todo el mundo, y todos son tan brillantes que apenas abren la boca, y perdona la contradicción. Quiero decir que si quieres discutir con ellos, todo lo que hacen es poner cara de muchísima tolerancia y...

—¿Qué mosca te ha picado hoy? ¿Qué demonios te pasa?

Franny dejó caer la ceniza del cigarrillo en el cenicero que luego acercó un par de centímetros a su lado de la mesa.

—Lo siento. Soy terrible —dijo—. Me he sentido totalmente destructiva durante toda la semana. Es un desastre. Soy horrible.

—Tu carta no sonaba tan destructiva.